

CAPITULO XLVII.

Agora deja la hestoria de fablar una pieza de todas las otras razones, por contar del caballero que dijeron del Cisne, cuyo fijo fué, é de cuál tierra vino, é de los fechos que fizo en el imperio de Alemania; é de cómo casó con Beatriz, é de cómo lo llevó el Cisne á la tierra de su padre, onde lo trajera, é de la vida que despues fizo la Duquesa su mujer con su fija Idam, que fué casada con el conde de Tolosa, de que hobo un fijo, á que dijieron Gudufre, que fizo muchos buenos fechos en la tierra santa de Ultramar, así como la hestoria lo contará de aqui adelante.

Cuenta la hestoria que en una tierra que es allen la mar, en la partida de Asia, habia ahí un rey que llamaban por su nombre Popleo, é á su mujer la reina Gisanca, é habia una fija infanta, é era muy fermosa é decíanla doña Isonberta, é queríanla casar, ca era ya tiempo para ello. E la Infanta ficiérase tan apuesta é tan fermosa, que era maravilla; é demandábanla para casamiento reyes é condes é nobles infanzones, é otros muchos hombres honrados é muy altos, é amábanla todos mucho, é deseábanla haber cada uno para casar con ella; lo uno, porque era muy fermosa; lo otro, porque era de tan alta sangre como decimos, é demás, sobre todo esto, que era ella de muy buenas costumbres. E ella, cuando oyó estas razones é que la pidian estos casamientos de tan altos hombres, tanto hobo miedo que la casaría su padre, que era la cosa que ella menos amaba é menos voluntad tenia de hacer, que habia propuesto de no casar tan ahína, é quizá fué esto por lo que Dios quiso que acaesciese della segun agora oirédes. Desque la infanta Isonberta vió que no habia ál sino que la quería casar su padre, salió sola encubiertamente de casa de su padre é andaba por los montes é por los campos; é andando así, anduvo fasta que llegó á la ribera de un brazo de mar, é falló allí por aventura un batel que estaba á la orilla atado á un árbol, é cató si estaba en él alguno, é no vió ninguno, é llegóse á él é desatólo, é metióse en él é cogió la cuerda á sí, é dejóse ir por el mar á su ventura, sin remos é sin vela é sin otro gobernador, é como quien no sabia ninguna cosa de remar ni de navío ni de fecho de sobre mar; demás que lo facia con gran saña, por el casamiento que le querian hacer conceder por fuerza é contra su voluntad. Mas una cosa le acaesció bien á esta infanta; ca falló en el batel vianda que comiese, que habian dejado los pescadores cuyo era el batel. E á cabo de dias, yendo ella en aquella aventura sobre aquel mar, arribó á una ribera del mar, á un desierto, é salió allí del batel é atóle á un árbol, porque cuidó tornar á él, é comenzó de andar por aquel desierto por folgarse, é ella andando por allí espaciando é folgando á su voluntad, así acaesció: que un conde, que habia nombre Eustacio, que era señor de aquella tierra, tenia aquel desierto vedado, de guisa que otro hombre ninguno no osaba en él entrar á venar ni cazar; é mientras que aquella infanta se asolazaba por allí, andaba el Conde buscando entonces venados con sus monteros é con sus hombres. Los canes de la caza, que andaban delante del Conde, aventaron la doncella é fueron yendo hácia do ella estaba, é desque la vieron, fueron contra ella, ladrando muy de récio. La Infanta, con el gran miedo que hobo de los canes, metióse en una encina hueca que falló ahí cerca; é

los canes, que la vieron cómo se metia allí, llegaron á la encina é comenzaron á ladrar en derredor della. E el Conde, cuando vió los canes latir é ladrar tan de apriesa é tan afincadamente, creyó que algun venado tenían retraido en algun lugar, é fuése para allí do los oía, é cuando llegó, oyó las voces que la Infanta daba dentro en el tronco de la encina, con el gran miedo que habia de los canes, que la morderian de mala guisa ó la comerian. El Conde, luego que oyó voces de mujer, fué ende maravillado, ca nunca en ningun tiempo en aquella tierra le acaesciera que ningun hombre ni mujer fallase en aquel su monte vedado; lo uno, porque era mucho espeso; lo otro, porque era tan temeroso, que ninguno no osaba ahí andar ni entrar, por razon de los muy fuertes venados que en él habia, porque estaba así vedado, é no osaba ahí entrar ninguno; é por questo comenzó á creer que aquellas voces que eran de pecado que le quería engañar, é dudó de llegarse allá.

CAPITULO XLVIII.

Cómo el conde Eustacio estaba en gran duda si aquellas voces que oía eran de diablo ó no.

El Conde estando en esta duda, la doncella, con la gran afrenta en que se veía, nombraba muchas veces á Dios é á santa María, é tanto se les encomendaba, que cuando aquello oyó el Conde entendió que era buen cristiano. E allí sopó que no era diablo ni cosa que le quisiese engañar aquella que tales voces daba, é así nombraba á Dios é á santa María é tanto se les encomendaba; que entonces amenazó los canes é mandó á los monteros que los tirasen de allí é los atasen; é ellos ficiéronlo; é él llegóse á esa hora adelante, é vió la Infanta do estaba metida en el tronco hueco de la encina, como muy llorosa é muy temerosa; é preguntóle qué cosa era. Respondióle ella entonces muy humildemente que era cristiana é mujer, que acaesciera por aventura en aquel lugar. E díjole el Conde entonces que quería saber quién era, é qué razon fuera aquella por que ella viniera allí; é aseguróla que no se temiese de fuerza ni de deshonra ninguna, ca él la guardaría. La Infanta, cuando oyó aquello que le decia el Conde, agradeciégo mucho, é pidióle merced que lo ficiese así. Entonces el conde Eustacio descendió del caballo é llegóse á la encina, é tomó á la Infanta por la mano é sacóla fuera del tronco de la encina. E cuando la tovo fuera plúgole mucho con ella, ca la vió muy fermosa é grande é de buen donaire; así que, se pagaría della quien quier que la viese, como quier que ella habia perdida de su fermosura; lo uno, por el gran trabajo que tomara andando de pié, lo que ella no habia usado; lo otro por el mar, en que ella nunca habia entrado, que le empeció mucho, como face á quien quier que nuevamente entra ahí; lo otro, por el pesar que pasara é en que se veía; é otrosí, porque no comiera tres dias habia, desde que saliera del barco. Mas por todo eso, de guisa pareció ella, que bien entendió el Conde que de alto lugar era; é entonces fuése asentar con ella, é comenzóla á fablar é á hacer sus preguntas por saber della quién era. E ella punó é trabajó esa hora de responderle de manera, que en cuanto lo ella pudiese, encobria por sus palabras,

que el Conde no supiese la verdad de su hacienda. Mas tanto la afincó el Conde, é en tantas maneras, por sacar della la verdad del fecho, que no pudo ella estar que gelo no hobiese á decir é á descubrir, é contógelo todo en aquella manera que lo habemos dicho; é desque gelo hobo contado, demandó esa hora el Conde por un escudero, su sobrino, en quien se fiaba mucho, é mandóle que la levase á Portemisa, que habia así nombre. En esta ciudad estaba la condesa Ginesa, madre del Conde; é dióle veinte hombres á caballo que fuesen con él en guarda de la doncella, é fueron, é leváronla á la Condesa muy guardada. La Condesa recibióla muy bien é honróla mucho, é fizole dar todas las cosas que entendió que habia menester; é entre tanto el Conde quedó en el desierto con la otra su gente á correr el monte é tomar desos venados, que habia allí muchos, como aquel que lo sabia muy bien hacer é que se pagaba ende mucho; é despues que acabó su caza de aquella vez fuése para aquella ciudad Portemisa, á casa de la Condesa su madre, allí do enviara aquella doncella; é luego en llegando demandó por ella, é dijéronle que estaba con la Condesa; é él entró luego allá do ellas estaban, é la Condesa su madre levantóse luego á él é recibióle muy bien, é la doncella humillóse, é el Conde, como quier que se homilló á su madre, llegóse luego á la doncella é dijo á su madre cómo la fallara en el desierto, é que la enviara allí á ella porque sabia que estaria con ella bien guardada, é que quería él saber de su hacienda, é que no le pesase, que quería fablar con ella aparte. La Condesa tóvolo por bien é otorgógelo. El Conde tomó luego la doncella por la mano é levóla, é metióse con ella en una cámara, é comenzóla á demandar su amor muy afincadamente; é ella esquivóse mucho, en manera que conoció el Conde que no podría acabar con ella ninguna cosa, si á pesar della no fuese. El Conde, como era muy mesurado, como quier que él tenia el poder de acabar lo que quisiese, no quiso con ella obrar por allí; mas fuése luego para su madre, é díjole en cómo aquella doncella era de alto linaje, é que se pagaba mucho della, é qu'él quería casar con ella. Cuando la Condesa, madre del Conde, esto oyó, pesóle muy de corazon, é comenzóle encarecer la razon de ello é destorbarlo cuanto ella podia, diciéndole que todo el mundo gelo ternia á mal, é habria qué decir dél en casar con mujer que no conocia.

CAPITULO XLIX.

Cómo el conde Eustacio casó con la infanta Isonberta.

El Conde, como ya estaba muy agrado de aquella doncella, é porque sabia, otrosí, que era de alto linaje, no quiso seguirse por aquello que la madre le consejaba, ante se pagó de casar con ella, ca entendió que era su honra; é tornóse luego para la doncella é díjole que quería casar con ella si lo ella quisiese hacer, é que le rogaba mucho que toviese por bien, ca le faria él tanta honra é tanto placer, que se ternia ella por bien casada con él; é tanto punó de le decir en esta razon, que gelo hobo ella de otorgar, entendiendo que mas su honra era este casamiento que los que su padre le quería dar; é demás, que, segun su estado á la sazón estaba, enten-

dió que le facia Dios mucha merced en ello. E los otorgamientos fechos de amas las partes, ficiéron luego sus autos é firmezas de casamiento, segun la ley de Roma; é á cabo de pocos dias despues de aquello ficiéron sus bodas acabadamente, ca venieron á ellas de muchas partes por estas razones: los unos porque eran sus vasallos, los otros por hacer honra al Conde, los otros por ver tal cosa como aquella, que veian que era mucho extraña, de así casar el Conde con doncella que no conocia; é fueron desta manera las bodas mucho honradas. E en aquella primera noche de las bodas que el Conde é la Condesa durmieron, quedó ella preñada.

CAPITULO L.

Cómo el rey Licoberte el Bravo envió por el conde Eustacio, por guerra muy afincada que habia con sus enemigos.

Estando el Conde en aquella ciudad de Portemisa con su mujer á gran sabor, ca la amaba mas que á sí mesmo, acaesció que el rey Licoberte el Bravo, cuyo vasallo era aquel conde Eustacio, envió por él, que lo habia mucho menester, por razon que estaba en guerra muy afincada; é este rey era muy poderoso, é aquel sobrenombre que le decian las gentes, Bravo, era porque cuando su padre finó, é él fué alzado rey, fincó mucho homiciado é con muchos enemigos; lo uno, porque hobiera su padre muchas guerras con reyes é con otros hombres poderosos, sus vecinos; lo otro, por hombres poderosos de sus tierras, que no amaban su provecho ni su honra así como debían; sobre que hobo él de hacer, con la ayuda de Dios é con el su buen esfuerzo, tantas buenas caballerías é tantos buenos ardimientos, por do fué tan temido, que lo hobieron á llamar las gentes el rey Licoberte el Bravo. E cuando el Conde Eustacio oyó aquel mandado del Rey su señor, en cómo enviaba por él, hobo gran pesar; ca sabia que si luego, visto el mandado, no moviese con su gente para ir luego á él, que se enemistaria con él; é él no estaba entonces tan apercebido de guerra como era menester á aquella sazón; por lo cual hobo de tardar ya cuantos dias mas del plazo que le pusiera el Rey; lo uno, porque casara nuevamente, é lo otro, porque pensó que no era la guerra tan afincada. Mas empero, con todo eso, envió luego por todos sus caballeros é por todos los otros hombres de su señorío, que armas pudiesen tomar, é movió con su gente muy buena; é dejó á su mujer é toda su hacienda encomendada á un caballero que decian Bandoval, que era su privado é hombre en quien se fiaba mucho, é avisóle de todo lo que habia de hacer; é desque esto hobo ordenado, movió con su hueste para ir á aquel lugar do el Rey su señor estaba; é desque llegó allí do el Rey era, pareció ante él. Cuando lo vió fué muy sañado porque tardara tanto, é juró luego que ante pasarían diez y seis años que á su tierra tornase. De lo qu'el Conde hobo gran pesar, mas no pudo al hacer sino complir el mandamiento de su señor el Rey. E el Rey púsole por frontero en un lugar de moros todos los diez y seis años, con la ida é con la venida; é desque el Conde fué ido, su madre, que no habia placer de quedar con la nueva, como aquella á quien no sabia amar en ninguna

manera, fuése luego de la ciudad para un castillo que decian Castiel-Fuerte.

CAPITULO LI.

Cómo la infanta Isonberta parió siete hijos varones, cada uno con un collar de oro al cuello.

Despues que el conde Eustacio fué ido en ayuda de su señor el rey Liconberte el Bravo, entre tanto que estaba allá llegó el tiempo que la dueña hobo de parir, é parió de aquel parto siete infantes, todos varones, las mas hermosas criaturas que en el mundo podrían ser; é así como cada uno nacía, venía un ángel del cielo é ponía á cada uno un collar de oro al cuello; é el caballero en cuyo poder habia dejado el Conde su mujer é toda su hacienda, desde esto vió, fué muy maravillado, é pesóle mucho, é facíalo con razon, ca en ese tiempo toda mujer que de un parto pariese mas de una criatura era acusada de adulterio, é matábanla por ello. E por ende, pesaba mucho al caballero en cuya encomienda la dueña quedara; pero conhortaba él en sí por razon que él creía que los infantes nacieran con los collares de oro, é semejábase que era cosa que venía de la mano de Dios, é por aventura que no debía morir, mas escapar de muerte por este miraglo; é fizo sus cartas para el Conde su señor, é trabajó en facerlas lo mejor notadas que él pudo, é en cómo pariera la Condesa, é contóle en ellas todo su fecho, della é de lo que pariera, é enviólas al Conde con un su escudero, é el escudero fuése luego con ellas; é yéndose, fizoze el camino por aquel castillo do estaba la madre del Conde, é fué así que hobo de la ver ahí; é la madre del Conde, cuando vió aquel escudero, fué muy alegre é plúgole mucho con él, é sacólo luego aparte é comenzó á preguntar, é la primera pregunta fué si pariera su nuera; é el escudero díjole que sí, é que pariera siete infantes, é cada uno dellos nasciera con un collar de oro al cuello, é que tales cartas é tal mandado levaba al Conde. E la condesa Ginesa, cuando esto oyó, tóvolo por maravilla, é pesóle mucho, porque entendió que era fecho de Dios; ca no habia placer de ningún bien que oyese decir que á su nuera viniese, é así lo dió á entender; que la no quería bien, segun adelante oirédes.

CAPITULO LII.

Cómo Bandoval, aquel caballero en cuya guarda habia quedado la dueña, escribió cartas á su señor el Conde de cómo la condesa Ginesa, madre del Conde, furtó las cartas al mensajero, é escribió otras falsas.

La Condesa, desde hobo fechas sus preguntas al escudero, mandó llamar á su mayordomo, é díjole cómo curase muy bien de aquel escudero, é le diese de comer é de beber cuanto quisiese; é desde el escudero hobo bien comido, mandóle dar á sabiendas de muchos vinos, cada uno de su natura, con voluntad de embeodarlo; é esto facía la Condesa por amor que desde fuese beodo gele furtasen las cartas que levaba; é el escudero, despues que fué bien farto, bebió demasiado; lo uno, por razon del vino que le daban de muchas guisas, é le sabia todo muy bien, é lo otro, por razon que venia muy cansado del camino, é bebió tanto, que se hobo de

dormir allí do estaba; é la Condesa, desde vió que el escudero dormía, fué á él é furtóle las cartas de la barjoleta do las traía, é leyólas, é mandó facer otras contrarias de aquellas para el Conde su hijo, en que dijo que le facía saber que su mujer pariera siete podencos, todos de un parto, é cada podenco que naciera con un collar de oropel al cuello; é no quiso mentarle ninguna cosa de los collares de oro, ca ella punaba en cuanto podia en desfacer el bien é lo que á la dueña su nuera aprovechara; é desde estas cartas hobo fechas é cerradas, metiólas en la mesma barjoleta así como las el escudero ante levaba; é el escudero no sabía desto ninguna cosa, ni pensaba de tal traicion como esta; é cuando amanesció, levantóse muy seguro, no se guardando de ningún engaño semejante, é fuése para la Condesa á despedirse della, ca así le convenia de facer, é dijo la Condesa que se fuese á la gracia de Dios é punase cuanto pudiese en ser ahina con el Conde é llevarle bien é lealmente el mensaje que le era encomendado, é mandóle que á la tornada, que viniese por ahí é no ficiese otra cosa; é el escudero díjole que le placía é que lo faría de buena mente; é entonces comenzó de ir lo mas ahina qu'él pudo, como quien habia gana de haber respuesta de su señor; mas desto iba él engañado.

CAPITULO LIII.

Cómo aquel mensajero dió las cartas falsas al Conde, é de la respuesta que trajo, é de cómo se vino por aquel castillo de la madre del Conde.

Con esta embajada que habemos dicho, fué aquel mensajero al conde Eustacio, á una villa do estaba por frontero en aquella guerra, é aquella villa diciánle Ancisona; é así como llegó el escudero é lo vió el Conde, plúgole mucho con él, ca sabia que le traía nuevas de la cosa del mundo que él mas amaba; mas tanto placer no hobo en aquella vista del escudero, que tanto pesar, é aun mucho mas, no recibió desde las cartas falsas hobo leidas, ca le parecia la mas extraña cosa que en el mundo podría ser; é bien sabia él, segun el mandado que le llegaba, é el uso é costumbre de su tierra, é segun el mal fuero, que merecia la dueña morir; mas tan grande era el amor que con ella tenia, que ni por todo eso no quiso enviarle mala respuesta; é apartóse entonces el Conde é mandó facer sus cartas como él tovo por bien, é maguer que el pesar que de la razon de las cartas tenia era muy grande, no quiso en la respuesta que á su mujer enviaba recontar ninguna cosa de que le fuera enviado decir por las cartas; salvo que envió decir á Bandoval, el caballero á quien él dejara su mujer é su hacienda encomendada, que ora sapos, ora podencos, que los ficiese muy bien guardar fasta que él fuese; é las cartas fechas, diólas al escudero que las levase é las diese en secreto á aquel caballero Bandoval. E el escudero tomó las cartas é tornóse con ellas, é vino por aquel camino por do antes habia venido con las otras, así como lo habia castigado la Condesa en su castillo, é vino á posar allí donde ella estaba, é acontecióle con ella así como la otra vez; é la condesa Ginesa mandó dél curar muy bien, como la otra vegada, de guisa que el escudero fué adormido é

sacado de su seso por el mucho comer é el mucho beber á demasia; ca así lo supo la Condesa aderezar, que si al escudero bien supiera el dormir la primera vez que por ahí pasó, que mejor le supiese la postrimera, por amor que acabase ella aquel mal é aquel engaño que tenia pensado; é fué é furtó al escudero las cartas que traía del Conde su hijo, en que mandaba á aquel caballero que ora podencos, ora sapos, que los guardase fasta que él viniese; é mandó ella facer otras cartas de traicion contra estas, como ficiera la otra vez, en que mandaba que matase la dueña á los siete infantes que ella pariera; é el escudero fuése con esta respuesta que la Condesa habia fecho para aquel caballero su señor, que le habia enviado al Conde.

CAPITULO LIV.

Cómo aquel mensajero dió las cartas falsas á Bandoval.

Aquel caballero Bandoval, despues que hobo recibidas las cartas, pensando que eran de su señor el Conde, abriólas é desde las hobo leído fué muy triste é muy cuitado por aquello que en ellas mandaba que ficiese; é pesóle muy de corazon, que mas no podría ser; ca le parecia gran cruera matar dueña tan apuesta é tan hermosa; é demás, que era mujer de su señor, é su señora, é habia quedado á él encomendada. E sabia él muy bien, como quien la tenia en guarda, que ella era sin yerro é sin culpa para pasar por tal fecho; é en matar otrosí á aquellos siete infantes, que eran las mas hermosas criaturas que en el mundo pudiesen ser; é por estas razones fué secretamente el caballero á mostrar las cartas á la dueña; é la dueña, desde oyó aquel mandado tan cruel é tan mortal, fué por ello tan triste, que en poco estuvo que se le no salió el alma; é desde entró en su acuerdo, comenzó á rogar al caballero, é diciéndole que por amor de Dios que le ficiese tanto bien, que si á morir habian algunos de sus hijos, que matasen á ella, é no á ellos; ca si pena alguna ahí habia de haber, que ella la mereciera é que ella la padeciese, é no las criaturas, que no habian pecado. Entonces dijo el caballero: «Señora, esto no era razon que yo lo hiciese; mas atreviéndome en la merced de mi señor el Conde, dejaré á vos á vida, é mandaré matar los infantes.» La dueña cuando aquello oyó fué muy triste, é obedesciale ca en tiempo estaba que no podía á facer.

CAPITULO LV.

Cómo aquel caballero Bandoval tomó aquellos siete infantes, é los levó al monte.

Habidas estas razones, aquel caballero Bandoval tomó los niños é mandólos llevar al desierto, é fué con ellos él llorando muy récio, porque le parecia grande crueldad en matar aquellos niños. Mas él no podía á facer sino cumplir el mandado de su señor. E en este fecho andaba él engañado, é aunque no tenia é ninguna culpa; é desde fueron en el desierto con los niños él é los escuderos que los levaban con él, comenzólos á mirar, é pensando en el fecho que queria facer, é cómo no se podía desviar, dolióse mucho dellos, tanto, que no podía llegar al fecho para degollarlos; é catándolos muchas ve-

ces, veyéndolos tan hermosos é tan apuestos, hobo mayor lástima de los facer matar. Entonces consideró en sí que era mejor é mayor piedad dejarlos allí en el desierto á su ventura é á la voluntad de Dios que no matarlos é ensuciar sus manos é su alma; é aunque la mala costumbre lo mandase, los niños no habian fecho ninguna cosa por que debiesen morir, é sobre todo, que eran hijos de su señor, como lo sabia él muy bien, que toviera á su madre en guarda. E dejólos entonces allí en el desierto todos siete juntos; ca ellos no habian poder de se partir uno de otro, como aquellos que no sabian aun andar ni se podian levantar ni volver á ninguna parte, ni otra cosa facer sine estar llorando queditos; é allí do yacian no se parecia á otra cosa tanto como lechigada de podencos, cuando nascen é yacen todos en su cama, envueltos unos con otros. E dejólos allí desta guisa é encomendólos á Dios, é fuése su carrera; é cuando tornó á la villa, fuése luego derechamente por ver á su madre dellos; é cuando entró á ella fallóla muy desconhortada é muy llorosa é sin ningún acuerdo ni conhorto, como quien estaba sin esperanza de jamás ver á sus hijos, que era la cosa del mundo que mas amaba, como madre que los pariera; é de cuanto ella podia de tan extraño fecho comprehender, era que le parecia secreto de Dios; pero con todo esto, desperada era ya de nunca los mas ver.

CAPITULO LVI.

Cómo nuestro Señor Dios acarrió á aquellas criaturas, é les envió una cierva, que los crió fasta que los falló el ermitaño.

Las criaturas estando en el desierto, como es dicho, Dios, que nunca desampara á ninguna cosa de las que él face, é quiere siempre levar sus cosas adelante, é que no quiere que los fechos suyos perezcan por falsedad, envió allí á aquellos niños do yacian, una cierva con leche, que les diese las tetas é los gobernase é los criase. E ellos yaciendo allí, vino la cierva á ellos, é venia dos ó tres veces cada dia, é fincaba los hinojos cerca dellos é dábales á mamar, en manera que los crió así un tiempo, é desde los tenia fartos lamíalos é alimpiábalos. E á cabo de dias acaescióse por ahí un ermitaño, que habia nombre Gabriel, é era hombre de santa vida, é habia en aquel desierto su ermita, en que moraba; é andando en esa montaña é viniendo por allí, hóbose de encontrar con aquellas criaturas; é cuando las vió maravillóse mucho, como aquel que nunca otra tal cosa viera en aquel lugar ni aun en otro; é comenzó á santiguar mucho, pensando que eran pecados que le querian engañar, pero todavía íbalos eatando, é llegóse mas á ellos; é desde se les llegó bien cerca, puso la mano en ellos uno á uno, é entendió que eran cuerpos é cosa carnal, é parecióle que era fecho de Dios; é entonces tomólos todos en su hábito, é comenzólos á levar hácia aquella su ermita do él moraba; é en levándolos, comenzó la cierva á ir en pos dél, é él maravillóse mucho; é desde vió que le seguía la cierva é no se quería partir de su rastro, pensó que aquella cierva habia criado aquellas criaturas fasta en aquel tiempo; é entonces puso los niños muy quedo en el campo é arredróse dellos un poco; é la cierva, desde

vió que el Ermitaño había así dejado las criaturas allí, é le vió arredrado dellos, fuése luego para ellos é llegóse muy quedo, é fizo los hinojos, como solia, é dióles á mamar, así como facia en el tiempo de fasta allí. E desde que los hobo dado á mamar, comenzóles á lamer é alimpiarlos muy bien; é desí, arredróse dellos un poco. Viendo todo esto el ermitaño, entonce vino á ellos, é tornólos á levar en su hábito é fuése con ellos para su ermita. La cierva, otrosí, comenzó á ir en pos dél, é vió todo aquello el ermitaño, é desde que hobo andado un rato entendió que las criaturas habrian gana de mamar; púsolas quedo en el campo, como la otra vez, é arredróse dellos; é llegóse la cierva luego é dióles á mamar cuanto quisieron. E así fué yendo en pos del ermitaño aquella cierva, gobernando aquellas criaturas fasta que el ermitaño llegó á su ermita. E desde que fué con ellos en su posada, por amor de no espantar la cierva ni desfaciera de sí, é que conosciere la casa é se ficiese al lugar, puso luego las criaturas á la puerta de la ermita de guisa que las pudiese ver la cierva, é tiróse dende; é llegó luego la cierva á ellos é fizo los hinojos, así como solia, é dióles á mamar, é desde que los tuvo bien fartos echóse cerca dellos é aseguró ahí un rato; é entonce el ermitaño no se quiso llegar, é por no facer enojo á la cierva é por amor de la aseosar mas, é porque adelante hobiese gana de venir allí; é la cierva, por no se partir de las criaturas, porque cuidaba que el ermitaño gelas pornia en algun lugar donde no las podria ella despues fallar, é lo otro, porque venia ella muy cansada del camino que habia andado, estuvo con ellos muy gran pieza del día, fasta que le tomó gana de comer, é entonce levantóse é salió fácia un prado que estaba ahí, por do corría un arroyo, é comenzó á pacer; é desde que la cierva fué arredrada de la ermita vino el ermitaño é tomó las criaturas é metiólas en la ermita, é fizoles su cama ahí luego en la entrada de la ermita, porque cuando viesse la cierva viesse luego á los niños, é despues que los viesse á ojo, que entrase luego á ellos. E la cierva, despues que hobo andado paciendo por aquel campo é se fartó, como aquella que se membraba de las criaturas que habia de gobernar, comenzó á venir muy apriesa para aquel lugar do los habia dejado; é desde que fué allá, paró mientes por ellos é no los vió allí do los ella dejara; é desde que los no falló en aquel lugar, comenzó á mirar á todas partes; é despues que los no vió á ninguna parte, comenzó á bramar muy fieramente é buscarlos é mirar por ellos. E en todo esto veniase contra la ermita, é los niños, como habia rato que no mamaran é lo habian gana, comenzaron á llorar; é la cierva, de que los oyó, conosciólos, ca muchas otras veces los viera llorar, é comenzóse de llegar hácia allá muy paso, é fué entrando á duda, así como aquella que nunca en otro tal lugar entrara, ca viviera siempre en yermo é era brava. E por ende, dudaba de entrar en poblado. Mas empero, por todo eso, aunque ella era animalia brava, tan grande era el amor que con ellos tenia, que hobo de entrar á ellos; é desde que fué dentro en la ermita comenzó á catar á todas partes; que no podia asegurar, é estaba como espantada, como cosa que nunca hobiera entrado en casa

ni en lugar poblado, sino allí; é al cabo vió los niños, é no pudo mas tardarse ni facer otra cosa, é llegóse á ellos muy quedo, é comenzóles á dar la leche é á gobernarlos, como solia. E despues que ellos hobieron mamado é callado, echóse ella cerca dellos, é anochecióle allí con ellos, é aseosóse ya; é otro día, el sol ya entrado, salia á andar por el campo á pacer, é desde que habia curado de sí de comer é de beber, venia á curar de las criaturas. E así las fué criando fasta gran tiempo, á tanto que las criaturas sabian ya comer de otra vianda; é ella en todo esto íbase arredrando dellos en manera, que no acudia á ellos tantas veces como solia, fasta que los hobo á dejar. Entonce el ermitaño, desde que vió que la cierva habia dejado aquellos niños, creyó que de otra vianda se podrian gobernar ya. Comenzó luego á curar dellos muy bien de lo que él tenia é podia haber; é salia é iba andar por el desierto, é do fallaba buenas yerbas, de que él se solia gobernar, traíalas é cocía dellas, é dábagelas á comer; é así fué pasando su tiempo con ellos fasta que los mozos fueron criados é sabian ya andar é comer de todas viandas.

CAPITULO LVII.

Cómo el ermitaño andaba á pedir con aquellos niños, é cómo le preguntaban quién gelos diera, é él no lo queria decir.

Desde que estos niños comenzaron á andar, é entendian ya, procuraban de facer todavía armas, é dellos facian sus bofordos, que cogian desos árboles que habia ahí en el desierto, é los otros facian sus espadas, é comenzaban todo el día á andar por el desierto é pelear unos con otros, é movian unos juegos tales, que parecian de guerra; é en cuanto tiempo les esto así duró, el ermitaño trabajó de curar dellos muy bien; lo uno, porque los queria muy bien; lo otro, porque entendia que desde que ellos fuesen de mayor edad se podria gobernar muy bien, andando á pedir con ellos por aquellos lugares por do lo él solia pedir, é pasaria su tiempo desta guisa; lo otro, aun porque entendia que facia servicio á Dios en los criar; que por milagro fueron echados é vinieron á sus manos, é se pudieran perder si no hobiera quien curara dellos, é por eso procuraba él en criarlos é en curar dellos lo mas é lo mejor que él sabia é podia. E desde que vió que eran ya para andar, por amor de ganar algo con ellos, dejó el uno en casa é tomó los seis; é salió é levólos consigo que anduviesen con él por aquellos lugares por do solia él andar, é pedía con ellos; é dejando el uno dellos, que era el mayor de cuerpo é mas entendido, anduvo con los otros seis por la tierra. E así andando con ellos, á cabo de tiempo hobo de acaescer á venir en aquel castillo, que dician Castiel-Forte, do estaba la condesa Ginesa, madre de aquel conde Eustacio, padre destes siete niños; é andando por la villa la gente del castillo, que conoscián al ermitaño, que habia allí venido otras veces, é nunca con él vieron otro andar sino él solo, maravillábanse adónde hobiera aquellos niños que veían tan apuestos é tan fermosos, é comenzábanle á preguntar muy afincadamente quién gelos habia dado ó cuyos hijos eran. E el ermitaño nunca lo quiso decir á hombre ninguno, é desde que la gente entendió que á ellos no lo queria de-

cir, pensaron que ninguno no lo podria saber dél sino la Condesa, é tomaron los mas dellos é fuéronlo decir á la Condesa, de cómo aquel ermitaño que solia andar por aquella tierra solo, andaban agora con él seis mozos, que eran las mas fermosas criaturas que nunca hombre viera, é que traía cada uno dellos un collar de oro al cuello. E fué la Condesa muy maravillada desto, é pensó que aquellos mozos podrian ser sus nietos, por quien ella mandara facer las cartas falsas para que los matasen.

CAPITULO LVIII.

Cómo la condesa Ginesa envió por el ermitaño, é de cómo le tomó los seis niños, é de cómo los queria matar.

Maravillándose mucho la Condesa de las nuevas que le decían de aquellos niños, é pensando que podrian ser sus nietos, hijos del conde Eustacio, su hijo, é de su nuera, la condesa Isonberta, mandó luego llamar al ermitaño, é él vino á ella, é ella apartóse luego con él á una cámara, é comenzóle á preguntar muy afincadamente que dónde hobiera aquellos mozos ó cuyos hijos eran; é el ermitaño, como vió que la Condesa tenia deseo de lo saber, no pensando ni sabiendo nada de la falsedad que ante fuera fecha ni de lo que se habia de facer adelante, comenzóle á decir todo, en qué manera los fallara, é en cuál tiempo, é cómo gelos ayudara á criar una cierva, é cuánto trabajo habia pasado con ellos fasta que los llegó á aquel estado, según que habedes oido. E desde que el ermitaño todo esto hobo contado á la Condesa, entendió ella que aquellos eran los sus nietos, á quien ella trabajó de les buscar la muerte. Entonce comenzó ella á rogar al ermitaño é á decirle que le diese aquellos mozos, que ella los criaría é les faria mucho mas bien que no él; é los pornia en buen estado, porque le parecia, como quier que fuese, que de alto linaje eran. El ermitaño, pensando que la Condesa obraria tan bien del fecho como del dicho que decia, placiéndole de la buena andanza é de la mejoría de los mozos, dijo que le placía de gelos dar é dejar, é dejó gelos, é encomendógelos mucho, ca parecer tenían de ser hombres de estado, é cuando al tiempo viniesen de ser para ello, que ellos gelo servirían. Mas cuando dellos se partió el ermitaño, comenzó de llorar muy fieramente, é comenzó, otrosí, de les besar los ojos é las caras, é facer tan maño llanto con ellos como si los viesse delante sí muertos; é así faciendo, se partió dellos por dos veces. Los mozos, desde que se vieron sin el ermitaño, como habian fecho con él su vida fasta allí, fizoles de mal de que vieron que andaban entre gente extraña é con quien nunca hobieran tratado; é por tanto, no se podian aseosar sin el ermitaño. Entonce la Condesa, veyendo los niños andar tristes porque los dejaba el ermitaño, comenzóles á facer muchos placeres por aseosarlos é que se ficiesen, é así fueron con ella viviendo fasta un tiempo; é desde que vió ella que aquellos mozos iban creciendo, semejábale que la obra del mal que ella habia fecho contra ellos, que si los mozos adelante viviesen, que el fecho no podria ser encubierto, é que lo querrian vengar ellos en algun tiempo. E por esto, un día, estando ella en su cámara, mandó llamar dos escuderos, que habian nombre el uno Dransot é el otro

Frongit; é vinieron ante ella, é mandóles que trajiesen allí ante ella aquellos mozos, é ellos ficiéronlo así. E desde que los mozos fueron metidos en la cámara, mandó la Condesa desembargar del palacio toda la gente, é que se fuesen todos para sus posadas, tan bien los suyos como los extraños; é fué fecho así luego, en manera que no dejaron en toda la casa otro hombre sinon aquellos dos escuderos é un portero que guardaba la puerta. Entonce dijo la Condesa á Dransot é á Frongit que quitasen aquellos collares de oro á aquellos mozos é que los degollasen luego ante ella, é que se non detoviesen poco ni mucho; é desde que los hobiesen degollado, que luego de noche, que los no viesse ninguno, é que los levasen á soterrar á un desierto que era cerca de ahí cuanto una legua; é esto mandó la Condesa facer ante sí tan cruelmente por miedo que habia que si los enviase á matar á otra parte, que escaparian de la muerte por alguna manera, así como escaparan de la otra vez cuando los mandara matar por las cartas falsas, como habedes oido. Dransot é Frongit, aquellos dos escuderos, por cumplir el mandato de su señora la Condesa, ca era muy fuerte dueña é muy brava, é habianla gran miedo, echaron mano á los niños é comenzaron luego muy apriesa á quitarles los collares, por degollarlos luego é cumplir lo que les era mandado; mas tan apriesa no hobieron tirado los collares, que ellos muy mas apriesa no fueron fechos cisnes, é salieronseles por entre las manos; así que, tan solamente en uno dellos no hubieron trabar, é volaron é fuéronse apriesa por una finiestra que habia en la cámara de la Condesa, do se paraba ella á solazarse cuando habia gana, porque era aquella ventana de muy buena vista á todas partes. E cuando esto vieron Dransot é Frongit, pesóles mucho, no por los mozos, que así escapaban de aquella muerte tan desaguisada, mas por razon que no cumplieran ellos aquello que les fuera mandado, con miedo de la Condesa, que era muy brava, como es dicho, é les faria algun mal; é pesóles desto á los escuderos, como decimos; mas mucho mas pesó á la Condesa, porque la su crueldad no se cumplía así como ella codiciaba. E ficiéronse muy maravillados la Condesa é los escuderos de tan gran milagro como aquel que aquella hora se ficiera ante sus ojos, veyéndolo ellos; é en esto entendieron que aquello no podria ser sino fecho de Dios; mas por todo eso la Condesa no era movida por aquella maravilla, é queria dar cabo á aquella mala obra, si pudiese, que habia comenzado; lo uno, por el gran mal que queria á su nuera; lo otro, porque se temía de los mozos, que si viviesen, que recibiría dellos el galardón que debía, según aquello que ella contra ellos habia comenzado é habia fecho ya; é por esto obraba ella tan de gana el fecho, como ya oistes. E en todo esto, desde que vió el milagro que Dios ficiera, como era muy entendida dueña en todo mal, creyó que en él no les podria facer daño sino en mandar desfacer aquellos collares, é que despues perderían ellos la virtud que ellos habian; é envió luego por un platero muy bueno, é fueron por él, é él vino luego ante ella, é ella demandó los collares; é trujérongelos, é diólos al platero, é mandó qu'él ficiese de aquellos seis collares una copa muy buena para su mesa; é el platero tomólos é dijo que lo

faria, é fuése para su casa con ellos, é comenzó luego á fundir el un collar, é en fundiéndolo, comenzó el oro á crecer, é creció tanto, que semejaba que mas oro habia en aquel solo que no podía haber en todos los seis collares. E el platero, desde que vió qu'el oro así creciera, dióle luego la voluntad que guardase los cinco collares é que los no fundiese, é que ficiese la copa de aquel oro de aquel collar, pues que así creciera; é demás, que entendió que esto por Dios venia, é no quiso mas fundir, é guardó muy bien los otros cinco que quedaban, é fizolo como hombre bueno é entendido, en manera que hombre del mundo no gelo entendiese; é él era muy sutil maestro é sabia mucho de aquella arte; é de aquel collar que fundió hizo la copa muy buena é muy sutil é muy bien labrada é muy hermosa é grande; é desde que la hobo fecha levóla ante la Condesa, é la Condesa fué muy pagada della, é maravillóse mucho cómo era tan grande, ca le semejaba que en todos los seis collares no podia haber tanto oro de que tan gran copa como aquella se ficiese; é preguntó entonces al maestro si metiera todos los seis collares en aquella copa ó si pusiera mas oro de lo suyo. E él dijo que todos los seis collares metiera en ella, é que de suyo no pusiera ninguna cosa. Entonce la Condesa le agradeció mucho la labor que le hiciera, é alabóle mucho la copa, que era muy grande é muy hermosa, é que le semejaba que de tan poco oro que ficiera muy grande é muy hermosa copa, como muy buen maestro é muy sutil; é quedó ella muy pagada, é prometió al platero que le faria mucha merced. E entonce hizo llamar allí el su coperero, é mandóle que de allí adelante le diese á beber con aquella copa, é no con otra ninguna. E esto facia ella porque la copa era muy bien hecha é muy hermosa á gran maravilla, é tomaba muy gran placer en beber con ella.

CAPITULO LIX.

Cómo los niños, despues que fueron cisnes, volaron, é se fueron para un lago que estaba cerca del ermitaño do se habian criado.

Cuenta la historia adelante, despues que ha contado de las cosas que en esta razon acaescieran de la copa que fué fecha del collar, segun habédes oido; cuenta agora de los mozos, despues que fueron hechos cisnes, cómo volaron para un lago é pasaron allí su tiempo, como agora oirédes. Aquellos cisnes, despues que de la cámara de la Condesa fueron salidos, como es dicho, dieron consigo en aquel lago muy grande é muy fondo, que era á la orilla de aquel desierto do ellos fueran criados con el ermitaño cuando eran niños; é andando en aquel lago, gobernándose del pescado que ahí fallaban, aunque tomaban gran enojo, ca no fueron ellos criados á tal vianda. Estando ellos así allí, acaesció qu'el Ermitaño hobo á salir á andar por la tierra, como solia, á ganar por los pueblos para pedir su limosna, de que viviese en su ermita; é aquella vez levaba consigo á aquel otro mozo, hermano de aquellos cisnes, que habia quedado en casa que guardase la ermita cuando dió los otros á la Condesa; é á la tornada, cuando se venia para la ermita, hóboseles de hacer el camino por la ribera de aquel lago do estaban aquellos cisnes; é á la hora que emparejaron con el lago é pasaban cerca dél

por un sendero, como los vieron los cisnes, conocieronlos luego, é comenzaron todos á salir del lago muy apriesa é irse para ellos; é el ermitaño é el mozo, así como los vieron de aquella forma, é venir á ellos, fueron muy maravillados; mas el mozo, con el placer grande que habia de los ver, fuéronse asentar cerca dellos; é los cisnes, otrosí, con el placer que habian del ermitaño, que conocian, fuéronse á sobir dellos en el regazo é dellos en los hombros; é comenzaron muy fuertemente á ferir de las alas é á hacer muy grandes alegrías; é el mozo, otrosí, desde que vió aquellas alegrías é que tan seguramente se allegaban á él, metió mano á una talega en que traia pan é carne que les habian dado por Dios en aquellos lugares por do andaban, é comenzóles dar de comer; é los cisnes sabian comer de todas las viandas que les el mozo daba, ca á tales como aquellas fueran ellos criados. E desde que les hobo dado asaz, dijo el ermitaño que se fuesen, ca tiempo era de se acoger para su ermita; é el ermitaño, como que lo no mostraba al mozo, maravillábase mucho de aquellos cisnes, que así venian á ellos tan seguros; é demás, que nunca en ningún tiempo tales aves viera en aquel lugar ni en aquella tierra; é pensaba entre sí qué podría ser aquello de aquellos cisnes, mas nunca en ello pudo caer; empero despues lo supo, é él los mostró al conde Eustacio, su padre, segun adelante oirédes; é por amor de aquellos cisnes, cada vez que salia para ir alguna parte, nunca por otro camino queria ir sino por allí, por amor de verlos é de los dar de comer; é cada vez que por ahí pasaba, los cisnes salian luego á ellos á rescebirlos fuera del lago; é el mozo asentábase luego cerca dellos, é dábales á comer, é curaba bien dellos de aquello que traia; é así los gobernaron un tiempo, fasta que vino de la hueste el conde Eustacio, su padre, con voluntad del Rey su señor, ca mucho habia caído en su saña, como habéis oido; é desde que llegó á su tierra supo las nuevas é supo la verdad por la virtud de Dios, que lo mostró, segun lo contará la hestoria adelante.

CAPITULO LX.

Cómo el conde Eustacio vino del castillo, ca habia diez y seis años que, desde fuera, no vino despues.

Quando el conde Eustacio tornó de la hueste, vino á andar por su tierra á requerirla, ca habia gran tiempo que no entró en ella, é fué en ella muy bien recibido de todas sus gentes; é plugo á todos mucho con él, ca habia gran tiempo que los no viera, ni ellos á él, é desde que llegó á Portemisa, á aquella ciudad do habia dejado á Isonberta, su mujer, é se vieron él é ella, las alegrías fueron muy grandes entre ellos amos; é despues que se apartaron ellos á hablar en uno, la primera pregunta qu'el Conde hizo á la Condesa fué esta: que aquellos siete podencos que ella pariera, que qué fuera dellos? E entonce la Condesa, cuando oyó esta razon desta guisa, fué muy aquejada en su corazon, teniendo qu'el Conde gelo preguntaba como de escarnio; é ella respondióle muy vergonzosamente é muy manso: «Señor Conde, no eran podencos los que yo parí, mas eran siete infantes, las mas hermosas criaturas que en el mundo podrian ser; é que vos diga yo verdad, yo quisiera

mucho mas que mandárades matar á mí que no á ellos.» El Conde, cuando esto oyó, tan gran pesar hobo en sí, que fué maravilla, de manera que estuvo gran rato que no pudo hablar ni responder á ninguna cosa que ella dijese; é á cabo de gran pieza habló é dijo así: «¿Cómo, Condesa? ¿Muertos son?» E respondió la Condesa: «Par Dios, Señor, yo cuido que son muertos, porque vos enviastes á mandar por vuestra carta que los matasen.» Estonces demandó el Conde por Bandoval, aquel caballero en cuyo poder dejara toda su hacienda é su mujer, é comenzóle á hacer la pregunta que ante habia fecha á la Condesa. El caballero repuso esa mesma razon que ella. Dijo el Conde á Bandoval que no le enviara él á decir en sus cartas sino que nascerian siete podencos con sendos collares de oropel á sus cuellos; mas que él, como quier que le pesara mucho con estas nuevas, que no le enviara mandar por sus cartas que los matasen, mas que los guardasen é los criasen; pero, pues que así era, que bien creía él que alguna traición anduviera ahí. Estonces respondió Bandoval é dijo: «Señor Conde, si traicion hobo no vino por mí; ca védes aquí las cartas que me enviastes.» E entonce cató el Conde las cartas é falló cómo decia en ellas que mandaba matar los infantes é la dueña. E cuando esto vió el Conde fué maravillado, ca él no enviara aquellas cartas; é mandó llamar al escudero que habia levado las cartas, é preguntóle que cuando levava las cartas que cuál camino fuera; é el escudero dijo que por casa de su madre la Condesa; é el Conde preguntóle si á la tornada si viniera por ahí, é él respondióle que sí. Entonce creyó el Conde que de allí podría nascer el mal donde vino, segun dicho es, é con muy gran pesar que hobo en sí, el Conde cabalgó luego otro dia, é fuése para aquel castillo do era su madre; é cuando supo la Condesa qu'el Conde su hijo la venia ver, mandó muy bien guisar los caballeros de su casa é que saliesen á recibir al Conde; é si ella lo mandó bien, mejor lo hicieron ellos. En todo esto, la Condesa mandó muy bien aderezar de comer de muchos manjares é de muchas guisas. El Conde, desde que llegó á aquel castillo é descendió, fuése para el palacio do estaba la Condesa, é ante que llegase él al palacio, salióle ella á recibir al Conde. Como iba muy sañudo, no se llegó á ella tan alegre ni tan humilde como solia; é luego entendió la Condesa qu'el Conde venia con saña, é preguntóle que cómo venia así; é el Conde, como estaba muy sañudo, no lo pudo encobrir, é hóbole luego á decir que era aquello por que allí viniera, é díjole así: «Condesa, muy bien sabeis vos de cómo Isonberta, mi mujer, parió siete infantes todos varones, é cada uno dellos con su collar de oro al cuello.» E respondióle entonce la Condesa, é dijo: «Par Dios, hijo, verdad es todo eso, así como vos decídes.» Entonce dijo: «Madre, la Condesa mi mujer, é Bandoval, mi caballero, me enviaron á decir que Isonberta, mi mujer, pariera siete infantes con siete collares de oro al cuello; é en las cartas que á mí fueron dadas decian que pariera siete podencos; é yo, como quiera que me pesase de tan extraño fecho, enviéles mandar por mis cartas que los guardasen fasta que yo viniése; é agora cuando vine, é vi á mi mujer la Condesa, preguntéle por ellos, é respondióme que no pariera

C-U.

ella podencos, mas siete infantes, é que yo que enviara mandar por mis cartas que los matasen é que los levaran á un desierto á matar. E yo entonce mandé llamar al escudero que me levó las cartas, é preguntéle si viniera por este castillo do vos estádes, é si posara en vuestro palacio, é él respondióme que sí, é contómelo todo, é que por aquí fuera á la ida é tornara, é que cada vez posara en vuestro palacio; é yo, sospechando que de vos podría nascer tal cosa como esta, por esto só venido aquí por saber esto de vos;» é rogóla que le dijese todo el fecho como pasara, ca por otro no podría saber aquello sino por ella. E entonce la Condesa su madre, desde que vió qu'el Conde era entrado en el fecho, é tan cierto iba por él, é que tanta gana tenia de lo saber, no gelo quiso negar; ca si por aventura gelo negase, no podría ser que el Conde no hobiese á errar contra ella; é entendió ella que podría ser así, é por tanto gelo conoció ella de llano, é gelo contó en esta manera que dirémos adelante.

CAPITULO LXI.

De la respuesta que la Condesa tornó al conde Eustacio, su hijo.

Ginesa, la condesa madre del Conde, comenzó entonce á hablar, é dijo así: «Señor hijo, conde don Eustacio, verdad es todo eso que decís; é así pasó, qu'el escudero que en aquel tiempo vos levava las cartas, que por aquí pasó é vióme, é aquí pasó, é yo preguntéle todo el fecho por que iba; é él díjome de cómo la condesa Isonberta, vuestra mujer, era parida de siete infantes, é que nasciera cada uno dellos con su collar de oro al cuello, é que vos levava dello cartas; é yo, entendiendo que tal generacion como esta que vos era muy gran denuesto, é que toda vuestra tierra era ende denostada é toda vuestra gente deshonorada, é que creen todos hoy en dia que ella hizo adulterio, entendiendo yo que era vuestra deshonor, fice poner en las cartas que vos el escudero levava, que eran podencos aquellos que vuestra mujer pariera, por amor que los mandádes matar, é qu'el tal fruto como este no viniése adelante, por cuya razon vos ni el vuestro condado ni la vuestra casa recibídesdenuesto en tal fecho como este. E cuando vos enviastes vuestras cartas cómo los guardasen é los criasen, viendo por las cartas cómo eran podencos, maravilléme mucho; é por guardar la vuestra honra é amansar los feos dichos que las gentes decian, mandé mudar las cartas, é puse en ellas que los matasen, ca creo que ninguna dueña que mas pare de una criatura, que se no puede salvar de adulterio. Ella no se puede salvar desto por cuanto en el mundo hay; é aun si vos é ella decídes de no, yo la quiero facer culpada en este fecho, é darle he reptador quien gelo repté, segun es costumbre de nuestra tierra.» E á estas palabras, que iban creciendo, fuéronse ayuntando caballeros de parte del Conde é de parte de la Condesa su madre. E todos los mas dellos dijeron que la Condesa decia mucho para meter en culpa á Isonberta, é que era menester al Conde de se salvar ende; é tanto fueron creciendo sobre estas razones las palabras, qu'el Conde no se pudo tirar afuera de no facer cumplir aquello que era costumbre de su tierra. Entonce mandó llamar el

3